

# LO QUE VA DE CREDO A CREDULIDAD

Millares de astrólogos, adivinos, videntes y demás miembros del gremio tuvieron un intenso trabajo durante la última semana de 1964 y primera de 1965, como suele suceder todos los años por esas mismas fechas. Miles y miles de personas, inquietas por saber qué porvenir les estaba reservado en este año, confiaron toda su credulidad a estos eternos adivinos, para quienes no cuentan los adelantos de la ciencia, ni los complicados pronósticos estadísticos —para quienes los satélites y los computadores electrónicos importan menos que una bella bola de cristal, un mazo de naipes y los extravagantes caminos que forman las líneas de la mano humana. Todo ello, por supuesto, bajo intrincados signos astro-lógicos. Desde luego, servicio tan valioso tiene su digno costo, que varía entre los diez y los cien dólares. Pero, ¿qué importa la plata cuando se conocen las probabilidades que nos reservan el amor, los negocios, la vida ?

Probablemente, querido lector, estés pensando que te hablo de alguno de nuestros países latinoamericanos —tenemos fama de crédulos y supersticiosos—, o tal vez de alguna joven nación africana —todavía reciente la época de los hechiceros y magos de tribu. Pues no. Sencillamente, me refiero a una de las naciones más grandes y poderosas del siglo actual —como de toda la historia—, la nación donde nació y donde con más adeptos cuenta el racionalismo, la nación que presume —y con razón— de su legado cultural, en una palabra, la nación culta por excelencia: Francia. Sí, la Francia del siglo XX, la Francia de nuestros días, la de Sartre, De Gaulle y Brigitte Bardot. El gusto a realizar en estos días los franceses en consultas astro-

lógicas haría temblar muchos de nuestros presupuestos anuales. Sólo en París se calcula que hay un charlatán por cada 120 personas —y todos, claro está, vi viendo del "oficio"—, mientras que sólo hay un médico por cada 514 ciudadanos y un sacerdote por cada 5.000 almas.

¿Qué tienen la astrología y la adivinación que atraen tanto a los "cultos" franceses? En realidad, ¿tienen algún fundamento científico? Se puede uno fiar de ellas? Te respondo con cierto periodista, que une a su humorismo un gran sentido de la realidad: Hagamos caso de las adivinaciones, como lo debemos hacer de las mal llamadas supersticiones. ¿Qué cosa hay más peligrosa, por ejemplo, que pasar por debajo de una escalera... sobre todo cuando la escalera está insegu-

por  
Ignacio  
Martín

ra y se nos cae encima? O, ¿qué cosa más de temer que el sentarse trece en una misma mesa para almorzar... principalmente cuando uno es el décimotercero y le toca pagar la consumición de todos? Hasta el que se le caiga a uno el salero encima de la mesa es muy malo... sobre todo en nuestros días en que la sal se ha puesto tan cara.

¿Ingenuidad? Es posible. En todo caso, la mayoría de los principales periódicos y revistas de todo el mundo publican diariamente su horóscopo —en el que se le dicen a uno cosas parecidas a las que escribía el inconmensurable Quevedo: ¿Quiéres que todas las muchachas bonitas vayan detrás de tí? —Pues vete tú delante de ellas.

En Francia, en concreto,

según una encuesta, llevada a cabo por el periódico "France-Soir", el 58% de los franceses pueden decir bajo qué signo zodiacal nacieron, un 53% lee diariamente su horóscopo en la prensa, un 43% piensa que los astrólogos son científicos, etc.

Nuestro mundo moderno ha logrado muchos adelan-

## Especial para EL OBSERVADOR

tos. Entre otros, está el de los seguros. Hoy existen seguros para todo: seguros de vida, seguros de trabajo, seguros de accidente... Sólo que un seguro está para si sucede algo, pero no nos asegura de que un acontecimiento vaya a tener lugar o no. Ningún seguro de vida nos libra de la muerte ni siquiera nos dice cuándo va a tener lugar. En realidad no hay seguros que "aseguren" nuestro porvenir. Nuestro futuro, nuestro mañana, nadie puede prevenirlo. Sólo Dios. Pero Dios es algo muy lejano para los hombres de nuestra época, los hombres del siglo XX. Tal vez, ahí esté el meollo del asunto. Recordemos aquella profunda sentencia de Scheller, el gran filósofo alemán: "El hombre, o bien tiene un Dios... o tiene ídolos". Y, llevando con Frank un poco más lejos esta sentencia, diremos que "si el hombre no tiene una creencia, tiene una superstición". Sucede lo mismo con las noticias: a falta de noticias reales abundancia de rumores.

El hombre necesita una creencia. Pero una creencia profunda, que resonda a su ansia espiritual del futuro. Y si el hombre rechaza a Dios, ¿nos extrañaremos de que se vuelva a otra parte —llámense ídolos... o astrólogos?